

## AGRADECIMIENTOS

Quiero dejar claro mi gratitud por la oportunidad de dejar escrito la historia de este sacerdote que vino a trabajar en nuestro pueblo, padre Stanley Francisco Rother. Por su impacto positivo en la comunidad Maya Tz'utujil, y por nuestro cariño, pronto lo apreciamos con la traducción tz'utujil, "Padre Aplá's". Ahora, por dar su vida en servicio cristiano y pastoral, la Iglesia lo nombra "beato".

Ya han cumplido 43 años desde la muerte del beato Padre Aplá's, quien tanto amó a todos los niños y niñas, jóvenes, ancianos y ancianas en este pueblo y los otros pueblos en la orilla del Lago Atitlán. Mostrando el verdadero amor cristiano por medio de sus servicios concretos, nos dejó a toda la Iglesia un ejemplar de sacerdocio fiel y pastoral. Ante todo, entonces, quiero decir, "Gracias, Padre Aplá's".

Estoy enormemente agradecido al amigo quien ha trabajado arduamente en este labor editorial, el teólogo de la Universidad de Santo Tomás en Minnesota, Estados Unidos, Gerald Schlabach. Junto con su esposa Joetta

Schlabach nos abrieron sus manos para publicar este libro de memoria. Aprecio además los amigos de ellos en el exterior que han ayudado con sus donaciones para cumplir este proyecto. Aunque no los conozca personalmente, les digo *lomlaj meltiox*, muchísimas gracias en Tz'utujil.

Quiero agradecer a los obispos tanto de Oklahoma como de Sololá y Chimaltenango quienes han brindado apoyo moral y material a nuestro parroquia de Santiago Atitlán durante tantos décadas. Agradezco también al cardenal Ramazzini, obispo de Huehuetenango, por las palabras de ánimo que abren este libro con su reconocimiento de la misma “voz” que Padre Aplá's también nos escuchó.

La esperanza que hemos compartido desde el principio de este proyecto es que ayude especialmente a los jóvenes atitecos y tz'utujiles a recordar lo que ha pasado en nuestro querido pueblo, sin olvidar jamás. Por tanto, es necesario agradecer al mismo pueblo de Santiago Atitlán por su lucha histórica, firme, y pacífica para lograr la paz y defender la dignidad humana tanto aquí en nuestra región como en todo el país guatemalteca. Que la juventud permanezca en ello. Que todos respetemos los derechos humanos que Dios y su hijo Jesucristo nos otorgan, deseando que nos amemos unos a otros como hermanos, siempre diciendo no a la violencia.

Juan Ajtzip  
Santiago Atitlán, Sololá, Guatemala

\*\*\*

Junto con Juan Ajtzip, quiero dar las gracias a una serie de personas que han ofrecido apoyo y aliento a medida que se desarrollaba este proyecto. El padre Germán Navarro y el difunto diácono John Donaghy, de la diócesis de Santa Rosa de Copán, en el noroeste de Honduras, son los dos peregrinos cuya conversación durante una cena a principios de 2018 fue tan providencial para impulsar el proyecto (ver pág. 8). El padre Kevin McDonough y el diácono Bill Heinen, de la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús en el sur de Minneapolis, me ofrecieron consejo y apoyo logístico mientras ponía en marcha un pequeño esfuerzo de recaudación de fondos para sufragar los gastos. Gracias al apoyo de mi viejo amigo Phil McManus, de la Fundación Appleton de Santa Cruz, California, que me concedió una subvención inicial. Debemos un agradecimiento especial al padre John Klassen OSB, antiguo abad de la Abadía de Saint John (Minnesota), y al padre McDonough por sus donaciones de liderazgo.

En Guatemala, el diácono Natanael Bacon nos ha acompañado con su entusiasmo aparentemente infinito, nos ha ofrecido consejos, y nos ha ayudado a establecer conexiones clave. Entre esas conexiones, los miembros de Confregua, la Confederación de Religiosos de Guatemala, han acogido calurosamente este proyecto y están ampliando nuestra red con vistas a promover la publicación de la edición en español. Nos sentimos especialmente honrados y agradecidos al cardenal Álvaro Ramazzini por

su disposición a escribir un prólogo tan amable e incisivo para este libro.

En la Arquidiócesis de la ciudad de Oklahoma, que ha construido un santuario y un magnífico museo para honrar al beato Stanley Francisco Rother y para albergar su cuerpo y otras reliquias, recibí una amable bienvenida del arzobispo Paul Coakley y del diácono Norman Mejsstrik cuando mi esposa Joetta y yo los visitamos en 2023. El archivero de la Arquidiócesis, George Rigazzi, también me abrió los archivos de Rother mientras buscaba una foto en la que aparecieran juntos el Padre Aplá's y Juan Ajtzip en los días de su colaboración, en los años setenta; aunque no conseguimos encontrarla, la hospitalidad de Rigazzi nos compensó con creces. También en la ciudad de Oklahoma, María Ruiz Scaperlanda, biógrafa de Rother, acogió con agrado este complemento a su propio trabajo y ofreció buenos consejos cuando nos reunimos con ella tomando un café en un Starbucks cercano a las oficinas de la Arquidiócesis.

Un agradecimiento especial a Olga Piedrasanta, de la Ciudad de Guatemala, que corrigió nuestro manuscrito en español, lo cual era especialmente necesario porque el tz'utujil es la lengua materna de Juan y el inglés es la mía. Mi esposa, Joetta Handrich Schlabach, también corrigió el primer borrador de mi traducción al inglés, lo que fue especialmente necesario porque yo había vivido tanto tiempo con el texto en español que los españolismos empezaban a parecerme naturales. Por supuesto, agradezco a Joetta sus muchas otras formas de apoyo. Me ha acom-

pañado en tantas aventuras centroamericanas a lo largo de los años, y ahora en nuestra migración anual a Santiago Atitlán. Vivir aquí sería casi inimaginable, sin embargo, sin la hospitalidad de Juan Ajtzip y toda su familia extendida, que nos han hecho todo menos escribir los papeles de adopción para que nos sintamos como en casa. Honrarlos a ellos, a Juan, a sus colegas, y a su amigo el Padre Aplá's entre los *najb'eeey taq ri'jaa'* –los ancianos y los antepasados– es en sí mismo un gran honor.

Gerald W. Schlabach  
Santiago Atitlán, Sololá, Guatemala  
y Grand Marais, Michigan, Estados Unidos